



As estrelliñas pálidas

Recuerdos vivos de Rosalía

Victoria Armesto

Publicado en *La Voz de Galicia* el 28 de julio de 1985.

Ahora en estos días, coincidiendo con el homenaje internacional a Rosalía Castro, he recordado muchas cosas que ya tenía poco menos que olvidadas. Siendo yo muy joven, a fines de los años cuarenta y a principios de la década siguiente, solía pasar largos ratos en la vieja Academia Gallega entonces ubicada en unas habitaciones del Ayuntamiento de La Coruña. Aun en días, como éstos, de verano cuando otros chicos y chicas estaban en la playa, yo me quedaba allí mientras esa maravillosa persona que es Juan Naya me traía libros. Al fondo de aquellas salas, en dónde se amontonaban por falta de espacio los volúmenes, a mí me parecía a ratos que oía latir el corazón de Galicia.

Por las venerables salas, ancianos intelectuales, como el señor Carré o como el señor Vales, departían amistosamente con Bugallal o con otros prohombres, algunas veces en gallego, pero más frecuentemente en castellano. Yo creo que, en aquellos tiempos, se oía más el castellano que el gallego en la Real Academia.

Quizá debido a mi innata curiosidad y al hecho de que, al revés de lo que suele ocurrir ahora, en donde a los viejos se les baquetea en todos los órdenes de la vida, yo soy un poquito como los chinos y es que siento estimación por la experiencia.

Tenia grandes amigos entre personas muy mayores, empezando por la anciana doña María Barbeito, pasando por Wenceslao Fernández Flórez, al que traté mucho, y por otras personas de no menos relieve como el señor Casas, como don Alejandro Barreiro

o como don Ramón Otero Pedrayo. A pesar de mi juventud y de mi ingenuidad, o quizá en razón de ello, estas personas y otras que no cito por no hacer excesivamente larga la relación, me profesaron gran afecto. Tengo muchas cartas de don Ramón Otero Pedrayo tan llenas de frases gentiles y elogiosas que aún hoy casi me ruborizan.

Cómo yo era tan amante de Rosalía y recitaba sus versos en tertulias familiares de la Ciudad Vieja, fue Juan Naya quien me introdujo en la casa de la única hija superviviente de Rosalía, doña Gala Martínez de Castro, a la que todos llamábamos Gala Murguía o simplemente doña Gala.

Yo conocí a doña Gala alrededor de 1945 cuando ella tenía unos 73 años si bien, debido a muchas dolencias y a que no era nada presumida, parecía bastante mayor de esta edad. Gala y Ovidio, que eran gemelos, habían nacido en el año 1872. Antes Rosalía había tenido otras dos hijas, Alejandra y Aurea. La primera nació en 1859, nueve meses después de haberse casado la poetisa con Manuel Murguía; Aurea nace curiosamente diez años más tarde, que Alejandra, un dato que ha servido a Salvador de Madariaga para hilvanar una atrevida teoría. Después de los gemelos Gala y Ovidio aún nacieron Amara y



Adriano, este último murió en la infancia. Como se ve, todos los hijos de Rosalía y de Manuel Martínez Murguía tenían nombres románticos, muy propios de la época.

Doña Gala vivía muy modestamente; casi en medio de una hidalga pobreza. Aparte de fieles devotos como Juan Naya, que era el hijo de una de las antiguas empleadas de la casa, se ocupaban de doña Gala pocas gentes: los prohombres de la Real Academia

Gallega y, pasándole una pequeña pensión, algunos Centros gallegos de ultramar, principalmente de Buenos Aires y de Santiago de Cuba. Años más tarde, siendo Fraga ministro de Información, vino oficialmente a Coruña, invitó a mi marido Augusto Assía, lo sentó a su lado en la cena y le preguntó que cómo podía conectar con la hija de Rosalía. Assía le contestó que se pusiera en contacto con Juan Naya y así lo hizo Manuel Fraga, yendo posteriormente a visitarla, cosa que a doña Gala, según me dijo luego, le agradó mucho. Esta visita del ministro a una personalidad regularmente tan ignorada por el sistema entonces vigente, a mí me causó una muy grata impresión y seguramente tuvo su peso y su influencia en mi propia trayectoria vital. Las cosas son así de extrañas en esta extraña vida.

Recuerdo muy bien la casa de doña Gala en aquel piso, que había compartido ya con su padre Murguía, de la vieja casa frente al camarín de los Dolores. Fui tantas veces a ver a la vieja señora que sin gran esfuerzo podría ahora recomponer la pieza cuyas ventanas daban a la Iglesia que estaba adornada por varios cuadros de Ovidio, uno de ellos representaba a una joven de muy graciosa y picante belleza que era la propia Gala con el amor Cupido con sus flechas, entre los brazos. Este cuadro, con la sillería isabelina que fue la de Rosalía en la casa de La Matanza y con otros recuerdos fueron legados por doña Gala a Juan Naya, el cual los tiene hoy en su casa y en la calle coruñesa que se llamaba de la Libertad, bautizada durante el tiempo autoritario como calle de la Disciplina y que ahora vuelve a llamarse de la Libertad y esperemos que aquí se pare el ciclo.

He estado inútilmente buscando entre viejos papeles una entrevista que yo le hice a doña Gala alrededor de 1946 ó 47. Está publicada en *La Voz de Galicia* y también creo que hay otra entrevista que apareció en una revista, pero no recuerdo el nombre de la misma. En ambas aparece retratada con doña Gala. Ella delgada y de rostro intenso con ojos negros. Yo muy jovencilla, rellenita y con un traje de lunares. Doña Gala me contó muchas cosas en el curso de aquellas largas conversaciones. Me dijo que era falso que su madre fuera una mujer triste, llorona y abatida por el dolor. Ella realmente la recordaba como una mujer muy alegre y siempre tocando la guitarra. Me contó también que su hermana Alejandra, hallándose en los brazos de su nodriza, estaba en la calle del Turco el día en que mataron a Prim. La nodriza después se casó y tuvo un hijo muy ligado a esta casa de La Voz de Galicia: Alejandro Barreiro, su nombre era un homenaje a la hija de Rosalía.

Gala me habló de su sufrimiento el día en que falleció Rosalía, aquel triste 15 de julio



de 1885. Rosalía tan sólo tenía 49 años, pero llevaba ya largo tiempo padeciendo aquella grave enfermedad -¿su negra sombra?- que la llevó a la muerte.

Curandeiros, ciruxanos
dotores en Medicina
pr'a esta enfermidade miña
n'hai remedio antr'os humanos....

Gala me dijo que el heliotropo era la flor predilecta de su madre y tantos pusieron en torno a la poetisa muerta que cada vez que evocaba la luctuosa memoria venía a ella el olor penetrante y dulzón de las flores. Mientras la llevaban a enterrar al próximo camposanto,

O simiterio d'Adina,
n'hai duda que encantador,
c'os seus olivos escuros
de vella recordaron....

La piedad filial hizo que las hijas de Rosalía, capitaneadas por Alejandra, decidieran cumplir la promesa hecha a su madre moribunda que era la de quemar los manuscritos que conservaba en la casa de La Matanza. Entre ellos, para desgracia de la literatura galaica, sucumbió la vida del abuelo de Rosalía y otra de sus novelas fantásticas.

Gala Murguía había tenido mucho éxito en Santiago entre los estudiantes de su época.

Uno de los que estuvo enamorado de ella era el entonces, estudiante santiagués, Fermín Fernández, padre de Felipe Fernández Armesto. De estas relaciones sentimentales se conserva algún recuerdo en la Mezquita, entre ellos una fotografía de Gala dedicada "A Fermín con cariño".

Al regresar nosotros de América, en 1955, se reanudaron mis relaciones con la hija de Rosalía, que se habían interrumpido forzosamente cuando me casé y me fui en el año 50.

Doña Gala asistió a un acto solemne cuando me hicieron correspondiente de la Academia Gallega y aquel mismo verano del 55 o del 56 llevamos a doña Gala a visitar la casa de La Matanza, que todavía pertenecía a los madereros, y la casa de Arreten, sosteniendo a la hija de Rosalía, que ya se movía con dificultad, llegamos hasta las mismas puertas del Pazo, petamos la puerta y una voz preguntó: «¿Quién es?»

Dijimos que era doña Gala Murguía, la cual quería ver por última vez la casa rosaliana:

E tamén vexo enlutada
d'Arreten a casa nobre,
dond'e a miña nai foi hada...



Pero aun sabiendo que era la hija de Rosalía la visitante, por las razones que fueran, no nos dejaron entrar. Entonces el coche no podía llegar hasta la puerta del Pazo. Arretén, cubierto por una parra, parecía un lugar encantado fuera del tiempo: todavía aleteaba allí la Galicia medieval.

Doña Gala se apoyaba en mi brazo y en el de Juan Naya. Nos detuvimos en una casa donde todavía vivía una centenaria que había sido no recuerdo bien si criada o modista de Rosalía. Esta mujer, postrada en el lecho, nos recitó precisamente los versos dedicados al pazo de Arretén:

Casa grande, triste casa
que de aquí tan soya miro,
parda, oscura triste casa,
casa grande, pasa, pasa...

Era bien extraño advertir que todos cuantos se habían relacionado con Rosalía, aunque su relación tuviera un carácter menestral, parecían tocados por el numen poético.

Nos detuvimos en Santiago, al volver, y al ver al guardia municipal, que estaba frente al Compostela, doña Gala Murguía recordó un estribillo de su juventud:

Villeu, villeu
cando eras coma min
fazias coma eu...

Tal vez en agradecimiento por haberla llevado hasta las casas rosalianas ancladas en el pasado, Gala Murguía nos regaló dos acuarelas dedicadas con estas palabras: "A mi buena y admirada amiga María Victoria Armesto dedica esta acuarela de Ovidio Murguía, su hermano, Gala Murguía de Castro". Otra dedicatoria semejante rubricaba la acuarela que le dio a mi marido. Una y otra, igual que los óleos que se conservan, revelan que Ovidio Murguía hubiera podido alcanzar gran excelencia pictórica si no llega a morir tan joven. En la acuarela que me dio Gala está marcada una estampa de una cierta desolación: una casucha abandonada y los restos melancólicos de un naufragio. La otra acuarela es más suave, un paisaje bucólico.

Doña Gala Murguía de Castro falleció en el año 1964 a los 92 años, siempre amorosamente cuidada por Juan Naya y por la mujer de Naya, Natalia. En las últimas visitas que le hice recuerdo que estaba singularmente influida por la propaganda oficial que le llegaba a través de la radio y que le hacía pensar que, salvo España, todo el mundo estaba en guerra:

-Pero se va a ir al extranjero, -me decía compungida-, temo que pueda pasarle algo.

Curiosamente, esta misma mentalidad, seguramente fomentada por los mismos medios al servicio del Estado, observo que se repite hoy y cuando nuestro país no es precisamente una balsa de aceite, pueden escucharse comentarios semejantes respecto al terrorismo o a la seguridad ciudadana en otras naciones.